

# IRIS



NUM. 155

Ayl BARCELONA, 26 ABRIL 1902 de Madrid

25 CENTS.



## A REY MUERTO...

—Desengáñate, Enrique,—decía la condesa.—Es inútil que insistas; prefiero morir antes que faltar á mi juramento.

—En vano te defiendes, Matilde. Tú no profesas al conde más afecto que el de una amiga leal y cariñosa; yo en cambio represento la personificación de tus grandes amores.

—Y por eso me pides un imposible.

—Que se vence, cuando el amor es verdadero.

—¡No insistas, por Dios, no insistas! Sería una traición horrible.

—Más horrible es traicionar los sentimientos de dos almas que hace tiempo se fundieron en un beso de pasión infinito.

—¡Oh, calla!

—¡No! ¡No puedo! ¡Te seguiré siempre, recordándote nuestra pasada ventura; seré tu sombra!

—¡Qué martirio!

—¿El mío, verdad? ¡No puede ser mayor! Tener juventud, plétora de vida en la sangre; amor con desbordamientos de ternuras muy hondas; ser correspondido por la que es el alma de mi cuerpo y no gozar de esas delicias soñadas, es la tortura más grande y más cruel, el suplicio de los suplicios!

—¡Chist...! ¡El conde!

—¡Hola...! ¿Importuno?

—¿Tú...? ¡Jamás!

—¿De qué hablabais?

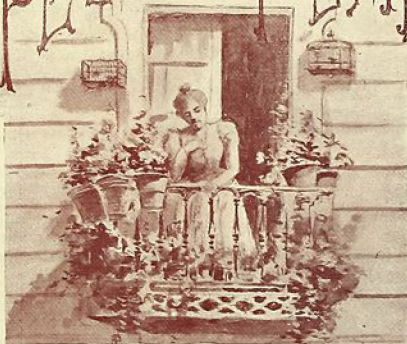
—De las locuras de Enrique. Figúrate que se ha empeñado en apostar... ¡Ja, ja, ja!

—Veamos; veamos en que consiste la apuesta.

—Que la cuenta él.

—No tengo inconveniente. Me decía Matilde, que vuestro automóvil, señor conde, alcanzaba una velocidad increíble.

# EL PICHÓN FEMENINO



Lo primero que Rosa procuraba, al mudarse de casa, era que la nueva tuviese un balcón á la calle con buenas

vistas. Su madre la daba gusto en esto, como en todo. Hija única, sin padre, hermosísima, los cariños maternos caían por entero en ella.

Siempre estaba en el balcón. Reina de la belleza, tenía en el balcón su trono.

Era un trono lleno de flores, rodeado de pájaros. Cantares y perfumes, nunca en él faltaban.

Era el balcón más alegre de la calle.

¡Una sonrisa entre hierros! Y si á él se asomaba agrandábase la sonrisa, inundando luminosamente todo el aire, poniendo un reflejo celeste hasta en las fachadas más sombrías.

Alrededor de ella no había cuartos desalquilados. Solo se desalojaban aquellos cuyos inquilinos, estáticos ante el espectáculo de la encantadora vecina, olvidaban metes y meses pagar al casero.

Ella y su madre vivían de una pensioncilla. La suficiente para no hacer de la vida un angustioso calvario del empeño.

Lo bastante para no tener que pedir el pan al trabajo.

Lo necesario para que las horas, esas horas que son amenazadores cuchillos de muerte para el pobre, trajeran para madre é hija sonrisas en vez de lágrimas.

—¡Qué desgraciada soy!—exclamaba á menudo osa.

¿En qué consistía su infelicidad?

¿En qué sus suspiros?

Era dueña de su persona, de su tiempo, de sus antojos. Poseía para apaciguar sus ansias de muchacha soñadora, libros amenos, piano sonoro, flores olorosas,

tiernos pajarillos. Y poseía á millares en inagotable tesoro los besos de su madre.

Pero ¡oh tristeza! Las perchas de su ropero suspendían solo mustios y anticuados vestidos, humildes telas, estofas baratas, cien y cien veces reformadas á cada estación y á cada moda.

—¿Cuándo concluirá esto?—decía con ira.

Y el sueño del lujo la privaba de ser dichosa.

## II

Algo la consolaba,—consuelo en cuyo fondo habría, sin embargo fermentadoras luces de envidia,—la recreativa vista de la riqueza que atraviesa las calles.

Una dama con elegante atavío, la embelesana. Un coche con blasonado escudo en la portezuela, la hacía pensar en las blanduras de un paseo sobre cojines y muelles.

Solo con imaginar vestimentas de seda, sentía Rosa cosquillas suavisimas en la fina epidermis de su maravilloso cuerpo.

—¡Qué felices deben ser estas!—murmuraba melancólicamente, refiriéndose á las mujeres opulentas que habían pasado ante su balcón, dejándola en los ojos un deslumbramiento irisado de astro.

Y se retiraba de su observatorio callejero, furiosa contra las desigualdades mundanas, contra

esos crueles desequilibrios de la fortuna, que opone, á un platillo vacío, vacío del tan codiciado y fructuoso oro un platillo repleto de belleza inútil, pintura sin marco, perla sin estuche, mariposa sin alas, condenada á arrastrarse por los rincones de un hogar oscuro.

—No sé si soy tan guapa como ponderais, —decía Rosa hipócritamente cuando hablaba con sus amigas, que también hipócritamente la admiraban, —pero, yo os declaro que vale más ser fea y rica que bonita y pobre. La hermosura sin engarce es como un manjar sin condimento.

Reían las amigas sus frases, tildándolas de exageradas. Pero, Rosa no reía. Sus palabras eran un eco de sus sentimientos.

Al fin rió. Al fin, Rosa vió ó creyó ver colmados sus deseos. Al fin iba á coger entre las manos la ventura.

### III

Una tarde mientras que ella respaldada en su balcón, la miró con insistencia un señor que cruzaba en carruaje.

Volvió á pasar un día y otro día, y siempre las mismas miradas cariñosas é interminables.

¿Qué descubrió en aquellas miradas Rosa? Figuróse hallar un reflejo de sus ambiciones. En aquellos ojos que corrían, adorándola, vió retratarse palacios y jardines, caballos y coches, trajes y joyas. Vió el cielo que ella se prometía en la tierra.

—Hija, —la dijo un día su madre; —la fortuna acaba de entrárenos por las puertas. Un señor, millonario, ha verido á pedirme tu mano.

El gozo puso á Rosa pálida. Era un gozo que empezaba oprimiendo el pecho de Rosa en vez de ensancharlo.

—No es muy joven, —continuó la madre; —ni tampoco es muy seductor á tu lado... Yo quisiera para tí un querube... que fuera banquero. Pero, siempre los viejos ricos se llevan las mejores mozas.

Rosa no la oía. A cada observación encogía indiferentemente los hombros. ¿Se trataba de casarse para reinar en la vida?

¿Qué importaban las demás cosas? Y Rosa se casó, y su esbeltísimo cuerpo, aquel cuerpo para el cual debió de ser inventada la «esbeltez», lució entre las más ricas galas y preseas.

¿Creéis que fué ahora dichosa? Os engañáis.

El oro no había bastado para rellenar sus sueños nunca dormidos.

Algo nuevo, un ansia aletargada en la pobreza, en la oscuridad, en el aislamiento, surgía á última hora en su pecho.

La opulencia, como la estrechez, terminó por hacerla bostezar terriblemente.

La felicidad estaba en otra parte, en otros goces, en otros desvaríos.

Rosa sintió el amor. Más, lo sintió cuando ya estaba casada, y casada con un hombre que no podía inspirarlo.

Así es el pecho femenino.

Así fué, y será siempre. Un abismo florido y tenebroso siempre insaciable, no repleto nunca.

JULIO ESQUIVEL



# LA PANTERA

# HUMANA



I

Pues, señor, este era un maestro de escuela muy entrado en años y aun más entrado en deudas.

Se llamaba don Nicomedes Pingajillo y tenía á su cargo la escuela municipal de Valderredaños, en la cual recibían instrucción, ó cosa parecida, unos treinta y dos muchachos y pico.

No tenía hijos afortunadamente; pues dos que había echado al mundo por casualidad, habían muerto de enfermedades contudentes: el mayor del trancazo y el segundo nada más que del garrotillo.

Lo que sí tenía don Nicomedes era una esposa, ó mejor dicho, una pantera de instrucción primaria.

Debía cobrar su sueldo por anualidades vencidas; pero tan vencidas le resultaban, que en trece años no cobró más que cincuenta reales.

Comían un trimestre sí y otro no, y el trimestre que les tocaba no comer rabiaba la señora como

un energúmeno, llegando la pobreza de aquellos infelices á tal punto que tuvieron que comer en más de una ocasión álgebras con tomate, *fleuris* rebozados y disciplinas á la vinagreta.

Los padres de algunos alumnos de Pingajillo retiraron á sus hijos de la escuela temiendo que el maestro, en un arranque de extrema necesidad, se los comiera con arroz ó en salsa verde.

La situación, pues, de don Nicomedes, era terrible.

¿Qué recurso le quedaba? Ninguno. La muerte eterna, producida voluntariamente por la acción del puñal, del revolver ó del chocolate de á peseta.

Sin embargo: un rayo de luz llegó en su auxilio, y de presunto suicida y positivo esqueleto, vino á quedar reducido al más vulgar de los Nicomedes.

El carácter de su mujer fué su salvación. ¿Cómo? Veámoslo.

de toros de Madrid iban á organizarse luchas de fieras. Había preparado la empresa la lucha de un toro con un león, la de un oso con un tigre, la de un elefante con una suegra... en fin, una variedad de luchas que había de despertar indudable interés en el público madrileño.

Precisamente leyó don Nicomedes la noticia un día en que Casta se hallaba furiosa: no había podido comer más que un poco de tinta con picatostes y su desesperación la había impulsado á llevar á cabo las mayores atrocidades, entre ellas desenrollar los bancos de la escuela, tirar las planas al pozo y morder al sacristán del pueblo.

¡Daba lástima ver en tal situación á una mujer tan joven, tan linda y tan pura como Casta!

No echó don Nicomedes en saco roto aquel aspecto aterrador de su apreciable señora y vió en lejanía un negocio seguro. Así, pues, cogió papel y pluma y sin encomendarse á nadie dió curso á la siguiente carta:



«Señor empresario de la Plaza de Toros.

Madrid.

II

Leyó Pingajillo en un periódico que en la plaza de toros en ese circo el interesante espectáculo de las luchas

Ayuntamiento de Madrid

de fieras y teniendo en mi casa una pantera con figura humana que diariamente se pelea conmigo y puede, se la ofrezco á usted con el mayor gusto para que luche con cualquier animal feroz, mediante una cantidad que tendrá usted la bondad de girarme. Aseguro á usted que Casta como la mía no se encuentra fácilmente, pues el oso, el tigre y el caimán son fieras de teta comparados con ella, y la que me puede á mí puede á un toro de Miura. ¿Que su contrario le hace sangre? ¡Cómo ha de ser! Así podrá verse la mala sangre que tiene esta criatura. Lo que sí recomiendo á usted es que anuncie al público la presentación de mi Casta en su traje natural, que es extraordinariamente vistoso y solo con este detalle bastará para que se le llene á usted la plaza. Espero que me dará usted las gracias. Venga, pues, el dinero y en seguida encajonaré y facturaré á la fiera.

Suyo atento, estenuado y S. S.—*Nicomedes Pingajillo.*

### III

Tres días después recibió don Nicomedes contestación favorable del empresario y con ella la cantidad suficiente para el viaje de Casta

que, harta de sufrir y dispuesta á todo, se puso en camino inmediatamente.

El empresario aceptó por pura broma y animado por sus amigos y compañeros de café.

Casta no puso obstáculo, porque pensaba que en Madrid, sino con fieras, podría luchar con la suerte mejor que en la escuela de Valderredaños al lado de su desventurado Pingajillo. Y este infeliz vislumbra en la contrata de su esposa un negocio fabuloso, esperando que Casta no tardaría mucho en comenzar á remitirle fondos abundantes. De modo que *tutti contenti*.

### IV

Los periódicos no volvieron á decir nada respecto de las anuencias

de las luchas, y un mes después de abandonar el pueblo la maestra consorte, cuando ya don Nicomedes había llegado al colmo de la desesperación aguardando en vano fondos y noticias, llamó el ciritero en casa del dómíne y entregó á éste una carta de Madrid, cuya llegada le hizo dar cuatro zapatetas á impulsos de la alegría. Rasgó el sobre con temblorosa mano y vió que la epístola decía así:

«Señor Don Nicomedes Pingajillo.

Muy señor mío: Llegó Casta sin novedad y experimenté una profunda decepción, pues me encontré con que no era tan terrible como usted me la había pintado. Se conoce que no es fiera más que en Valderredaños. Cuando ella me confesó que no ha luchado nunca con otro animal mas que con su marido, renuncié á que luchase en la plaza por temor á un fracaso. El engaño ha sido manifiesto, y por vía de indemnización de daños y perjuicios he resuelto quedarme con la interesada, que por cierto está contentísima, come bárbaramente y se está poniendo hecha una preciosidad. ¡Cualquier día la suelto!... Siento mucho que le haya salido á usted el tiro por la culata y sin más por hoy, me repito de usted afectísimo y S. S. Q. B. S. M.—*Fulano de Tal* (Empresario de la Plaza de Toros de Madrid.)

### V

Al día siguiente, un periódico de la localidad publicaba esta noticia:

«El maestro de escuela de Valderredaños don Nicomedes Pingajillo, ha fallecido ayer mañana repentinamente y en ocasión de hallarse ausente su virtuosísima consorte. Se cree que ha muerto de inanición. ¡Descanse en paz!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



## VIS A VIS

Ya de cerca te estoy viendo,  
de cerca me estás mirando  
y te estoy adivinando,  
y tú me estás comprendiendo.

Fingimos de igual manera  
tú, altiva, yo, indiferente;  
y nos miramos de frente,  
sin sonreírnos siquiera.

Has pensado, al verme entrar,  
que, al fin, vuelvo á interesarme,  
y dices: —¡Viene á buscarme!  
Yo digo: —¡Me vá á llamar!

Más ninguno comprendemos  
que esta lucha es inocente  
por que en la ocasión presente  
sufrimos porque queremos.

¡Y era tan fácil dejar  
de padecer y sufrir!  
¡Si tu quisieras venir...  
ó yo te fuera á buscar!

\* \*

Se que á mí quieres volver,  
mi pecho de amor se muere  
y ninguno de ambos quiera  
ser el primero en ceder.

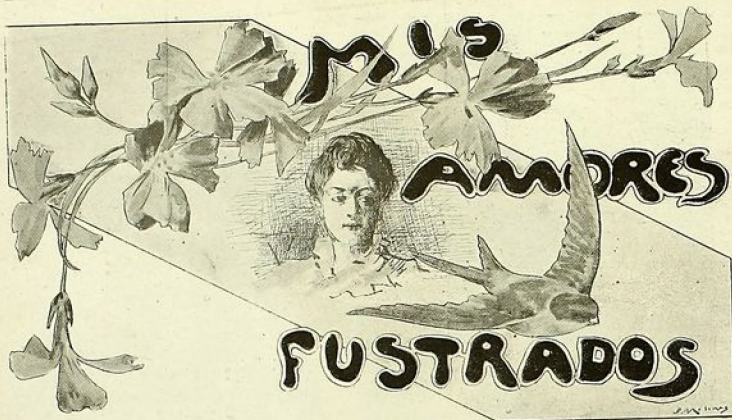
Y, en tanto que nos miramos,  
parece que nos decimos  
las penas que padecemos  
y las dichas que gozamos.

Yo te admiro siempre, bella,  
tú me atormentas, cruel,  
y dices: —¡Que venga él!  
y digo: —¡Que venga ella!

Así, altivos y orgullosos,  
guardamos nuestro dolor,  
y mur.éndonos de amor,  
nunca seremos dichosos,

¡Nunca! Ya no es de esperar  
que nos volvamos á unir...  
Porque no querrás venir...  
¡Por qué no te iré á buscar!

JOSÉ JUAN CADENAS



Si trazar supiera y á describir acertase mi pesar, mi aflicción y agonía, quizá de ese modo pudiese verme completamente satisfecho, por dar rienda suelta á mi imaginación y loco devaneo.

Por aquel rostro de belleza incomparable, por aquel torneado cuerpo, por aquella simpatía en el trato, y aquella candidez cual ninguna otra; pasé ratos en dulce contemplación sumido, recreando mi mente, en ilusiones que fueron finalmente disipadas.

¿...Amé...? Sí; ¿por qué he de decir que no? Amé á Luisa, la adoré, puse toda mi risueña esperanza en ella, pero... ¡oh! que desengaño me hizo padecer.

¡Cuando todos mis planes ideados estaban haciendo halagador mi porvenir, cuando más creído me encontraba de hallar en breve una verdadera felicidad, y cuando ya creí palpar la realidad, sucedió lo jamás imaginado!

La casualidad vino en aquella hora tan inoportuna, que destruyó mi obra casi terminada.

¡Próximos al enlace, y cercanos á tan anhelado futuro nos hallábamos, cuando recibió Luisa un telegrama; notificábarle la postrera hora de una tía de esta muy rica, la cual, reclamaba también la presencia de la sobrina, á quien adjudicaba su enorme capital y demás bienes!

Luisa, tomó apresuradamente el tren, prometiéndome escribir en seguida pero... El tiempo dulce-mente deslizo, sin obtener tan siquiera dos renglones del cariño, amor y fidelidad que tantas veces me juró y prometió.

Escribí una, dos, y más veces; no obteniendo respuesta alguna.

Era de suponer; me abandonó, por ser mi bolsillo más débil que el suyo.

Para quitar tan triste recuerdo, paso en orgía el tiempo, no pensando amar jamás á mujer alguna que en fuerzas pecuniarias me supere.

SEVERIANO ALEZA MARTINEZ

(Dibujo de P. Molinas)

# PEPITORIA

## ROMPECABEZAS

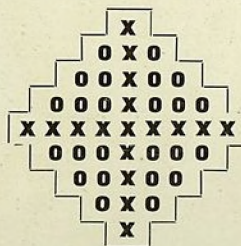


Dando dos cortes rectos, dividir este tablero en tres trozos y colóquense de otro modo éstos, que formando también un tablero de ajedrez, se lea con las treinta y dos letras un refrán en líneas horizontales.

NOVEJARQUE

Sabemos de buena tinta que un boer que está en Madrid, se ha curado de los callos usando el LADIVONSIM.

## FIGURA ACRÓSTICO-PICTORICA



Sustituídas las equis y los ceros por letras léase en líneas horizontales y verticales:

- 1.ª línea.—Letra consonante.
- 2.ª.—Hijo de Adán y Eva.
- 3.ª.—En Méjico, disco de barro con bordes para cocer las tortas de maíz.
- 4.ª.—Lugar de poca luz, lúgubre, melancólico, etc.
- 5.ª.—(Pablo) célebre PINTOR de la escuela holandesa.

6.ª.—Embutido de varios colores, hecho en madera u otra materia.

7.ª.—Raya ó renglón.

8.ª.—Letra consonante. Entre los antiguos romanos, signo aprobado rio de los tribunos puesto al pie de un senado consulto.

Las soluciones en el próximo número

## SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior  
Rombo curioso.—

T  
S O N  
S A L A S  
T O L S T O I  
N A T A L  
S O L  
I

Charada zoológica gráfica.—

CAN-TA-GA-LLO GA-LLO-CAN-TA  
1.ª 2.ª 3.ª 4.ª 5.ª 6.ª 7.ª 8.ª

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. R.—Madrid.—No le niego a usted que el cuento está muy bien escrito y es verdaderamente sentido, pero no puedo insertarlo por la índole del asunto, como dicen los periódicos.

A. D. D.—Lo mejor del soneto es el primer cuarteto:

Corrió la noche su tupido velo,  
soplaba el viento con clamor malvado,  
sonaba el ronco trueno destemplado  
le secundaba el rayo con anhelo.

Lo demás ya no es tan bonito.

F. G. S.—La poesía es buena; además, al público no le gustan esos metros ni esas rimas, sino que yo me meta a averiguar si tiene o no razón.

L. F. de M.—Valencia.—Sin negar que el cuento sea interesante, no basta eso, pues adolece de incorrecciones y otras faltas que hacen imposible su publicación. Por lo demás, el protagonista no hubiera salido tan barato como usted supone de lo que hizo al reprenderle el coronel, y nadie podría entender lo que es una pequeña superficie descubierta que flotaba sobre un abismo profundísimo.

R. I. G.—(7)—La Amazona es una poesía muy brava. Se publicará.

S. A. X.—Lima.—No heora usted mucho con sus envíos, pero tenga en cuenta la forzosa lentitud con que, por exceso de original, han de aparecer los trabajos admitidos.

J. R. L.—Valencia.—Le queda profundamente agradecido por su galantería y le felicito por su hermoso cuento.

B. S. L.—El cuento es poco interesante y anda en incorrecciones. No se dice dos días más tarde, sino dos días después; ni dice una parte, sino décima, etc. Con todo, no hay que desanimarse; otra vez lo hará usted mejor.

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 17.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacolliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenekewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

## EL COLMO DEL EMBROLLO

De tal puede calificarse el resultado que ha tenido el casamiento del honorable Mr. Markwood Bennett, vecino de Weston, (Virginia, EE. UU.)

Es, pues, el caso que el padre de Markwood, Mr. Salomón Bennett, casó hace algunos años con la bella y distinguida señorita,—como dicen los periódicos,—miss Abbie Smith, hija de una viuda, todavía trescachona.

Tan frescachona que Markwood se ha casado con ella.

De donde resulta que Markwood ha contraído matrimonio con la madre de la esposa de su padre; que es por lo tanto suegro de su padre, y en su consecuencia abuelo de sí mismo.

De igual manera ha pasado á ser abuelo de sus hermanos, y si Dios le concede fruto de bendición, sus hijos resultarán cuñados de sus abuelos.

En cuanto á mistress Markwood Bennett ha pasado á ser sencillamente nuera de su hija.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. INSERTARSE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL "LA ISÉRICA", PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

BÉLGICA



CABALLERIA: DRAGÓN